

lización. *Maldito sea el hijo de Cham*, exclamó indignado el santo Patriarca, *maledictus Chanaan*; será el vil esclavo aun de los siervos más abyectos de sus hermanos, *servus servorum erit fratribus suis*. (GEN. IX, 25.)

¿Recordáis cuando una turba de insolentes rapaces corrió tras del Profeta Eliseo, burlándose del santo viejo y dándole insultantes apodosos? Maldijo á los muchachos el siervo de Dios, y salieron al instante dos osos que devoraron á los insolentes mancebos. (4 REG. II, 24.) Una y dos veces hizo Elías indignado llover fuego del cielo sobre los príncipes y los escuadrones enviados por el rey prevaricador; y otros ejemplos de este género encontramos á menudo en la historia sagrada y profana. El celo de la casa del Señor devoró á los justos varones, y la indignación, no por las ofensas personales, sino por los pecados cometidos, excitó su ira justísima, y los obligó á invocar sobre los pecadores los rayos del cielo. ¿Qué hará ahora el Señor en presencia del más horrendo de los crímenes? ¿Qué hará hoy que los impíos se complacen en dar muerte al autor mismo de la vida, *auctorem vitæ interfecistis?* (ACT. III, 15.)

Ha mandado, es cierto, perdonar á los enemigos no sólo siete veces, sino setenta veces siete (MATT. XVIII, 22). Nos ha mandado, es verdad, que de tal suerte desterramos el odio y el resentimiento de nuestros corazones, que ni aun siquiera depositemos en el altar nuestras ofrendas, antes de reconciliarnos con nuestro hermano ofendido, aunque en el momento de recordar las olvidadas disensiones esté ya ardiendo el incienso en las aras y la víctima preparada para el sacrificio. *Si offers munus tuum ad altare et recordatus ibi fueris, quia frater tuus*

habet aliquid adversum te, relinque munus tuum ad altare, et vade prius reconciliari fratri tuo. (MATT. XXIII.)

No hace mucho que el Divino Maestro, poniendo en práctica las doctrinas que predicaba, ha perdonado sus pecados al paralítico y á la mujer sorprendida en adulterio; y en la casa de Simón el leproso, con asombro de todos los circunstantes, ha aceptado los obsequios de la pecadora Magdalena, y la ha declarado limpia de sus culpas. Pero Magdalena fué absuelta de sus muchas faltas porque amó en extremo, *quoniam dilexit multum* (LUC. VII, 47); en la adúltera el temor al inminente castigo, y luego, la bondad y mansedumbre de Jesús, produjeron el arrepentimiento; y si al paralítico se perdonó, fué porque se dolió de sus pecados. Sí, Jesucristo mandó perdonar; pero perdonar al arrepentido, y los que lo han enclavado en el madero infame, lejos de dolerse de sus culpas se gozan en su infando crimen y se ceban con furor en su santísima víctima.

Miradlos, os diré con San Gregorio Niseno,¹ ved esas espadas y nudosas mazas con que lo acaban de golpear ó quisieran herirlo todavía; han llovido sobre Jesús azotes y bofetadas, se ha manchado su hermoso rostro con inmundas salivas, se le ha condenado después de un juicio de burlas y una inicua sentencia; *ubi gladii, et fustes, et vincula et verbera, alapis maxillæ percussæ, facies sputis oblita, humeri verberibus traditi, iudicium impium, crudelis sententia*. Aún no satisfechos con tamaña crueldad, lo befan y lo escarnecen y lo injurian, y lo hieren con la caña que le han dado por cetro, y lo coronan de espinas,

¹ De perfecta Christi forma.

y ya enclavado en la cruz le dan hiel y vinagre y se complacen en agravar sus tormentos. Y no sólo ningún mal les ha hecho, sino que los ha colmado de beneficios; *gravissima quæque illi sine causa illata, imo vero pro innumera- bilibus beneficiis reddita*. ¡Ah! ¿No hará que se abran las cataratas del cielo y queden sepultados aquellos inicuos en los abismos de los mares? ¿No los consumirá como á Sodoma con fuego llovido del cielo?

¡Ah, no! Hoy es día de milagros, y va á probar Jesu- cristo su divino origen, más que con el terremoto que ha de seguir á su muerte, más que con las tinieblas que han de cubrir al mundo al eclipsarse la Luz soberana é inde- ficiente, con un prodigio nunca visto, con un portento de misericordia hasta hoy desconocido. La primera pala- bra que pronuncian esos labios hace tanto tiempo cerra- dos, y que no han prorrumpido en un solo lamento en medio de tantos dolores, será una palabra de perdón, será una plegaria por aquellos que lo atormentan. Oid y llenáos de estupor. ¡Padre! (dice) perdónalos porque no saben lo que hacen. *Pater dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt*. No os pese, amados Hijos, meditar uno á uno los vocablos de esta sublime oración.

¿Por qué da en este momento solemne el dictado de Padre al Dios omnipotente (pregunta San Bernardo)? ¿No veis (responde) cómo lo niños cuando algo piden con empeño, cuando algo imploran con ahinco especial, cuando algo solicitan de manera que no pueda negárse- les, con singular afecto y dulce cariño pronuncian el nom- bre de su padre, y lo repiten una y mil veces con voz melodiosa y tierna dulzura? De igual manera Nuestro adorable Redentor, el que es paciente y misericordioso

cual ninguno, el que á todos compadece, y es suave en extremo, *miserator et misericors, patiens et multum miseri- cors et suavis in universis*, aunque sabe que su eterno Padre siempre lo escucha, hoy lo invoca de un modo tan dulce, para ablandarlo más y más y enseñarnos con cuánto afecto, con cuánta solicitud, con cuánto ahinco, debemos nos- otros implorar el perdón de nuestros enemigos.¹ Hoy, al llamarlo *Padre*, parece recordarle el testimonio que no ha mucho ha dado de su divina filiación, al exclamar rasgando los cielos: este es mi hijo querido en quien he puesto todas mis complacencias, *hic est Filius meus dilec- tus, in quo mihi bene complacui* (MATTH. III, 17).

Pero (exclamaré aquí con un docto comentador²) Se- ñor Redentor Nuestro, tu súplica parece inconsiderada, y obras cual prevaricador de la misma Ley que tu Eter- no Padre ha dado á su pueblo, al exclamar: ¡oh Padre, perdónalos! *Ecce quasi prævaricator Legis tu pro occiden- tibus clamas: Pater, ignosce*. La Ley dice terminante- mente: *ojo por ojo, diente por diente*, ¿y quieres que tu Padre celestial nada exija por la vida preciosa de su Hijo Unigénito? Si no ha querido perdonar á su propio Hijo, inocentísimo aunque cargado con ajenos pecados, ¿per- donará acaso á los autores del más nefando crimen, *quo- modo parcat tantæ impietati?* ¡Ah! Es que las palabras de Cristo, como dice la Esposa de los Cantares, son más suaves que el óleo, es decir, son superiores á toda mise- ricordia, y sirven á los hombres de bálsamo saludable, aunque para el que las profiere sean saetas de muerte.

¹ S. Bernard. de Pass. c. 8.

² Did. Stella in Luc.

Mayor, mucho mayor, es la piedad del Crucificado que la iniquidad de los verdugos; inmenso es el delito, pero más grande es el don del Señor. Mucho pueden la perdición, el pecado, la muerte; pero es más poderosa la vida, más irresistible la salud celestial: abunda la culpa, como dice el Apóstol, pero sobreabunda la gracia.

¡Padre! exclama el Señor con filial dulzura; y luego añade, no ya tan sólo suplicando, no ya pidiendo una gracia que no está seguro de alcanzar, sino con cierto tono de confianza y de imperio, que sólo conviene al que es igualmente eterno, poderoso, increado, que Aquel á quien se dirige: *perdónalos*. ¡Cuán diversa esta súplica de la que hace pocas horas pronunciaba en el huerto de Getsemani! Entonces se refería á su propia pasión, á sus propios dolores; y dejando prevalecer breves instantes, lo que los Teólogos apellidan la parte inferior, exclamaba condicionalmente: *si es posible, si puede ser, aparta de mí este cáliz amarguísimo*. Ahora que se trata de sus perseguidores, ahora que aboga por la delincuente raza de Adán, no examina si conviene el perdón de la culpa, no investiga la justicia de la causa, no habla siquiera de la posibilidad de una negativa, sino que exclama incondicionalmente, de una manera absoluta, de un modo ineludible: *perdónalos, perdónalos; dimitte, dimitte*.

¿Pero qué excusa aducirás, oh Señor, en favor de tus indignos protegidos? Disculpa, si puedes, á Pilatos que conociendo tu inocencia, y advertido de una manera sobrenatural que no ponga en Tí sus sangrientas manos, te condena, no obstante, contra su conciencia y contra la ley, por el solo temor de perder las gracias del César. ¿Qué excusa puede haber para ese refinamiento de cruel-

dad de que han hecho gala los soldados romanos, no obstante las leyes de la humanidad y la severa disciplina del ejército? ¿Esa envidia de los Príncipes de los Sacerdotes, ese odio de los Doctores de la Ley, esa ingratitud del pueblo entero, cómo se podrán atenuar? Observaciones son estas de San Bernardo, Hijos míos, quien prosigue diciendo: sólo queda una disculpa que excogitar, sólo una circunstancia que alegar en favor de los que patrocinan el divino Abogado: la *ignorancia*. Es ignorancia afectada en los más; pero al fin es ignorancia, porque, como dice el Apóstol, si hubieran conocido bien al Rey de la gloria, no lo habrían enclavado en la cruz. (I COR. II, 8.) En este rebuscado argumento, por sutil y débil que sea, se apoya Jesús para alcanzar el perdón de sus perseguidores, y los disculpa diciendo, *nesciunt quid faciunt*, no conocen, no advierten, no comprenden toda la gravedad de su delito, *non cogitant nec advertunt quam graviter delinquant*.¹

¿Qué milagros necesitamos ya para creer que Jesús es el Hijo de Dios? Mostradme, si podéis, en la historia de los siglos una muerte semejante. Mostradme un filósofo, un héroe que en el momento de la agonía recoge todo el aliento que aún le queda, para orar de tal suerte por sus perseguidores. Mostradme una oración que más pronto y más eficazmente se vea escuchada. Pasan breves instantes, y uno de los ladrones se santifica, y el centurión romano se convierte, y muchos de los circunstantes bajan hiriéndose el pecho, confesando á Jesús y llorando su crimen. Pasan algunos años, y el ejemplo de un Dios

¹ S. Bernard. de præcept. et dispend.

TOMO III.—40.

moribundo obra tan eficazmente en sus discípulos, que el diácono Esteban óra por los que lo apedrean, y obtiene la conversión de Saulo; y el Apóstol Santiago, arrojado de lo alto del templo, ruega por sus perseguidores con las mismas palabras que su Divino Maestro. Más tarde, Policarpo se entrega de buena gana á los que lo buscan para matarlo, y marcha alegre en su compañía; y mientras más crueles se muestran, más les prodiga delicadas atenciones. En tiempos más modernos Juan Gualberto, en un día como éste, perdona al asesino de su hermano, por seguir el ejemplo del Salvador.

Sigámosle también nosotros, Hijos míos. A nosotros, del mismo modo que á los que crucificaron á Jesús, se extendió el perdón por él alcanzado, *dimitte illis*. Justo es que también nosotros perdonemos, y que oremos como Jesús, por todos los que nos persiguen y nos calumnian, arrepentidos ó no, y que lo hagamos con fervor, con ahinco, con eficacia, y encontrando excusas que alegar en su favor, aun donde parece que es imposible hallar la más leve disculpa. Seguid, entretanto, escuchando con reverencia las últimas palabras de vuestro Padre moribundo, y atesorando sus postreras órdenes, cual en otro tiempo los hijos de Israel. *Congregamini et audite filii Jacob, audite Israel Patrem vestrum.* (GEN. XLIX.)

SEGUNDA PALABRA.

Hodie mecum eris in paradiso

Hoy estarás conmigo en el paraíso.

LUC. XXIII, 42.

Reconcentrad vuestra atención, Hijos míos, en los tres patíbulos y en las tres víctimas que se elevan en el centro del Monte Calvario. ¡Cuán diversa es la actitud de cada uno de los ajusticiados! El que veis en el centro, se conserva tal como lo habéis contemplado desde el principio, tranquilo, majestuoso, cada instante, si es posible, más paciente, más digno, más venerable en medio de sus dolores. Los otros dos, según al principio os indiqué (siguiendo la interpretación que el Crisóstomo, San Jerónimo y otros Padres dan á las palabras de San Marcos y San Mateo), blasfemaban, haciendo eco á los inhumanos verdugos, contra su compañero de infortunio. El que está crucificado á la izquierda sigue todavía su ingrata tarea, y entre mil horrendos insultos dice á Jesús, retorciéndose de un modo horroroso: *si eres, en verdad, el Hijo de Dios, sálvate á tí mismo y sálvame á mí.*

No así el facineroso que agoniza á la derecha del Redentor. Desde la primera sentencia que oyó proferir al Señor, su rostro ha cambiado visiblemente. Una actitud tranquila y resignada ha sucedido á la desesperación que antes se pintaba en su desencajado semblante; y en vez de unirse á su compañero de crímenes para denostar al que es compañero de ambos en el suplicio, ahora lo increpa y lo exhorta á callar. Silencio, le dice, no insultes á la inocencia. Nosotros hemos llevado una vida de crímenes, hemos sido el terror de los caminos y de las ciudades, por nosotros gimen en la orfandad infinitas víctimas, y arrastran la vida en triste miseria muchos que fueran opulentos. Si la justicia nos ha condenado, no nos da sino el castigo que merecemos. Pero este inocente, este justo, este santo que cual cordero se deja degollar y perdona tan generosamente á sus víctimas, ¿qué crimen ha cometido, qué delito se le puede imputar? *Nos quidem juste, nam digna factis recipimus: hic autem nihil mali gessit.* (LUC. XXIII, 41.)

Vedlo cómo se vuelve ahora al que antes denostaba, y con humilde tono le dice: acuérdate de mí, cuando llegares á tu reino, *memento mei dum veneris in regnum tuum.*

¿Qué es esto? exclamaré aquí con el Crisóstomo.¹ ¿Qué dices, oh ladrón? Hablas de un reino, y una cruz es lo que tienes á la vista. Te diriges á uno que pronto va á espirar en el mismo suplicio que tú. ¿Qué ves en él que te recuerde la regia dignidad? Sus pies y sus manos están atravesados por gruesos clavos, su rostro amo-

¹ Homilía VII in Genes.

ratado, su cabeza llena de sangre, sus mejillas manchadas de saliva, sus espaldas desgarradas por varas y cordeles. ¿Qué púrpura imperial adorna ese cuerpo magullado y desnudo? ¿Por ventura las llagas que lo cubren, por dicha las groseras palabras con que lo escarnece la turba, son las señales que te revelan á un rey en tu compañero de suplicio?

Impenetrables son, Hijos míos, los misterios de la gracia divina. ¿Quién podrá admirar como es debido el maravilloso cambio que se efectúa en el alma del afortunado ladrón? Si acabara Jesucristo de increpar las olas y sosegar los vientos, como en el lago de Genesaret; si estuvieran á la vista los leprosos recién curados; si nos hallásemos en Betania en el momento en que Lázaro rompía sus ligaduras y salía del sepulcro en que desde hacía cuatro días era fétido cadáver, fácilmente comprenderíamos tan rápida y maravillosa mutación. Pero proclamar á Jesús rey de los cielos cuando lo ve clavado en un madero, saturado de oprobios y próximo á espirar, este es un portento que la razón humana no alcanza á comprender. Esta conversión instantánea muestra más el poder de Cristo, que cuantos prodigios ha obrado desde que nació en la gruta de Belén. Hoy quiere desde la cruz mostrar al mundo su omnipotencia, despedazando por una parte las rocas y arrebatando su luz al sol; ablandando por otra parte un corazón más duro que las peñas seculares en que descansa el madero que lo sostiene.

A la valerosa confesión, á la humilde súplica, corresponde Jesús con una promesa superior á los deseos del arrepentido pecador, con un premio que sobrepuja infi-

nitamente á sus esperanzas. Hoy, le dice, hoy mismo entrarás en mi compañía al paraíso por tantos siglos cerrado, *hodie mecum eris in paradiso*. No os admire, Hijos míos, lo excesivo del galardón. Aunque convertido á última hora, no es menos grande el insigne mérito del facineroso. Comparad si no, su historia con la de los Apóstoles y discípulos más favorecidos del Señor. A Pedro dijo Jesús personalmente: sígueme, y te convertiré en pescador de hombres. (MATT. IV, 19.) A los doce, que ya no llamaba siervos sino amigos, ofreció doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. No así al desdichado bandolero. Jamás lo llamó, jamás le dirigió la palabra, jamás le lanzó siquiera una mirada. Ocupado éste en su triste profesión y llevando una vida errante y de aventuras, nunca tuvo oportunidad de presenciar un milagro de Jesús, ni estuvo en el monte cuando predicó las Bienaventuranzas, ni en Cafarnáum cuando anunció el misterio de la Eucaristía. Jamás oyó hablar del reino de los cielos, ni de la vida futura, ni del infierno destinado á los réprobos. Y sin embargo busca á Jesús y lo confiesa la primera vez que lo ve; se convierte á la primera palabra que escucha de sus divinos labios; lo proclama rey cuando está hecho el oprobio de los hombres, y todo con el mayor valor, con la más grande energía, y á pesar de los insultos y befas de su compañero de crímenes.

Lejos de mí el rebajar el mérito de Pedro y los demás Apóstoles, seguiré raciocinando con el Crisóstomo. Notad, empero, amados Hijos, que mientras que todos huyen, y Pedro mismo, aunque lejos de la cruz y de todo peligro niega á su Divino Maestro, el ladrón junto á la cruz

y sin que lo detengan los dolores que él mismo padece, lo confiesa valerosamente. Pedro tiene miedo de una mujercilla que le interroga en el atrio del Pontífice; el facineroso no teme ni á los soldados, ni á la turba, ni al populacho ebrio de furor, ni á los Príncipes de los sacerdotes, henchidos de hiel, ni lo que es más, á su antiguo cómplice. No se detiene ante la abyección aparente del Crucificado; y elevándose en alas de la fe sobre el triste espectáculo que tiene ante sus ojos, se postra en espíritu ante el Señor, y venciendo todos los obstáculos, exclama impertérrito á la faz del mundo: *¡Señor! Acuérdate de mí cuando estés en tu reino.*

Ved, Hijos míos, que tanta fe, tamaño valor, confesión tan gloriosa, bien merecían del Monarca de los cielos una recompensa sin igual. No extrañéis, por tanto, que al entrar en su reino lleve al ladrón penitente á la vanguardia de su ejército de bienaventurados; y pues tanto honra Jesucristo á este dichoso bandido, no desdeñemos nosotros tomarlo por maestro, y aprender á confesar como él á nuestro Salvador, y á hollar el respeto humano, que de tantos bienes nos priva. Pero ¡ah! temblemos al comparar á un ladrón con otro ladrón, así como ayer nos hacía temblar el parangón de la suerte de Judas con la de sus once santísimos colegas. Ved á ambos pecadores junto á la cruz, al lado del Redentor, en el día solemne de misericordia y de perdón. Junto á ambos y por ambos derrama su sangre el Hijo de Dios: entre los dos y por entrambos ruega á su Eterno Padre que borre las culpas de uno y otro. Así como es igual su suplicio, idéntica ha sido su vida. Los mismos robos, los mismos homicidios pesan sobre entrambos. Los dos fueron aprehendidos